

Proceso de convergencia con Europa

¿HACIA UNA ENSEÑANZA UNIVERSITARIA LIGTH?

Desde el curso pasado se nos está pidiendo a los profesores de Universidad, por segunda o tercera vez en los últimos años, que volvamos a reunirnos para estudiar y hacer propuestas sobre los planes de estudio de las titulaciones universitarias. El motivo es, ahora, el proceso de convergencia al llamado “Espacio Europeo de Educación Superior”.

Aunque la nueva coyuntura es ciertamente importante, permítaseme el desahogo de manifestar que resulta muy cansado tener que descubrir cada pocos años el Mediterráneo. En efecto, después del proceso que hemos vivido en la universidad española en la última década, ¿todavía no tenemos claros los contenidos básicos y comunes -lo que se ha dado en llamar “troncalidad”- que debemos proponer al resto de universidades europeas para las diferentes titulaciones superiores?

Un problema anterior

Pero este asunto nos lleva a otro previo a esta “convergencia europea”, que también es importante.

Los profesores de enseñanzas científico-técnicas -aunque supongo que no sólo nosotros- hemos tenido, en más de una ocasión, la siguiente experiencia. Después de un examen, un estudiante -con cierto tono de queja- nos asegura: *“Profesor, los problemas que había que resolver en el examen no tienen nada que ver con los que hemos hecho en clase”*. Se podría argumentar que ese comentario procede de la lógica inmadurez intelectual de quién está incurso en todo proceso de aprendizaje; por eso es todavía estudiante y no titulado. Cuando se entiende la ley general, lo abstracto, lo universal, se comprende que todos esos problemas son básicamente el mismo y que sólo cambia de uno a otro el ángulo de perspectiva, el planteamiento, o, en otros casos, que, simplemente, se han intercambiado los datos y las incógnitas.

Aquí radica el problema. En mi opinión la ESO se está basando excesivamente en una mera información -lo que un profesor amigo mío denomina la “cultura de catálogo”-, que presenta al estudiante cien casos distintos, todos ellos concretos, singulares, específicos, que dan cuenta exclusivamente de una situación determinada. Esta “cultura de catálogo” es importante y necesaria en muchas profesiones y órdenes de la vida diaria, pero creo que no es tarea propia de la Universidad. Esto es, un especialista médico no se forma por conocer, aunque sea con todo detalle, cien casos distintos de una determinada dolencia; ni un ingeniero por estudiar a fondo la estructura de cien puentes; ni un abogado por haber asistido a cien pleitos sobre el mismo asunto.

Información no es formación

Una persona con la formación que se debería exigir a los estudios superiores es capaz de seguir estando al día en nuestro cambiante mundo. Ante nuevos datos, modificaciones en la técnica, etc., sabrá buscar lo que interesa y desechar lo que no es importante: en una palabra, puede seguir aprendiendo. Desde una “cultura de catálogo” parece extraordinariamente complicado tener esta autonomía. La mera yuxtaposición de información casi siempre produce simplemente más información.

Por eso entiendo que la formación superior no consiste exclusivamente en presentar el estado del arte al día de hoy.

Durante los últimos años, en mi trato diario con alumnos de primer curso de Universidad, llevo comprobando que gran parte de la formación que, se presupone, les ha proporcionado la enseñanza secundaria, no es tal: es, simplemente, información, “cultura de catálogo”.

Muchos de mis colegas tienen la clarísima experiencia de que la enseñanza secundaria no está consiguiendo formar, mínimamente, la cabeza de nuestros adolescentes. De este modo, los conocimientos adquiridos se manifiestan muy desconectados entre sí; parecen una miscelánea poco o nada ordenada; un catálogo de objetos dispares que no guardan relación. La capacidad de abstracción y de relación es escasa o nula, y el conocimiento de la lengua materna, por desgracia, paupérrimo.

En cualquier caso, el objetivo de estas líneas no es la enseñanza secundaria sino la universitaria que, ciertamente, no es ni necesaria ni obligatoria para todos.

La sorpresa y desconcierto que estos chicos y chicas reciben al acceder a las aulas universitarias es enorme. Según van transcurriendo los meses del primer curso, la asistencia a clase decrece de manera alarmante, como nunca se había visto antes. A muchos de nuestros estudiantes, por falta de preparación y entrenamiento previo, los razonamientos más o menos abstractos, generales, universales, simplemente les aburren. El tedio se advierte en sus miradas, y les entran dudas sobre si la elección de estudios ha sido acertada, decrece la autoestima, flojean las ganas de superación...

La situación es ciertamente frustrante para todos -alumnos, profesores y, supongo, padres- pues, con buena parte de razón subjetiva, los estudiantes esperan de sus nuevos profesores en la Universidad más de lo mismo, a lo que ya están acostumbrados: información y “bla, bla, bla”.

No tengo la menor duda de que la gran mayoría del profesorado universitario en nuestro país tiene suficientemente clara su responsabilidad de cooperar en la formación de sus estudiantes. En la profesión docente hay mucho de vocacional y un elevadísimo porcentaje de mis colegas se preocupan por sus alumnos, se preparan con dedicación sus clases, etc.

Asimismo, los apoyos técnicos y los recursos didácticos para hacer las explicaciones más atractivas han crecido exponencialmente en los últimos años. Ante los nuevos problemas no nos estamos quedando inactivos y, por ejemplo, en muchas Facultades y Escuelas se han

organizado, con el correspondiente esfuerzo, los llamados cursos cero o de iniciación, con el objeto de rellenar las lagunas con las que los estudiantes vienen del Bachillerato.

La alternativa ante el proceso europeo de convergencia

La situación descrita, con mayor o menor acierto, pero compartida por muchos colegas, es dura, pero no pretende ser, en absoluto, pesimista. En este contexto, el proceso europeo de convergencia de los estudios superiores nos plantea un difícil y atractivo reto.

Una opción consistiría en proponer a Europa las materias troncales que figuran en nuestros actuales planes de estudios tal como están ahora. En ese caso, con el esfuerzo de todos, habrá que intentar que los jóvenes que se incorporan a nuestras aulas den un importante salto al espacio de los estudios superiores.

La otra posibilidad se traduciría en una rebaja gradual de los contenidos y exigencias propios de la enseñanza universitaria. Ciertamente las asignaturas serán más digeribles y asequibles, si se aligera su contenido. Se trataría de optar por una enseñanza universitaria *light*, concepto de rabiosa actualidad entre nuestros jóvenes y menos jóvenes, que incide en la alimentación, la bebida, ...

El asunto es importante y la responsabilidad que tienen las autoridades académicas y políticas, tanto españolas como europeas, es impresionante. Habrá que tomar decisiones, redactar directrices y ordenanzas y legislar sobre la convergencia a este nuevo espacio europeo de educación superior que ya está llamando a la puerta.

Esperemos que los nuevos responsables políticos acierten en las soluciones. Nos va mucho en ello.

Juan José Monzón Serrano
Escuela Universitaria de Óptica
Universidad Complutense de Madrid
